

Voy a contarles otra de mis aventuras, probablemente una de las más fatales.

En aquel entonces, y fue en 1943, yo estaba en la ex Polonia y en la ex Varsovia, en lo más profundo de los hechos consumados. Silencio. El diezmado grupo de mis colegas y amigos de los ex cafés Zodiak, Ziemiańska, Ips se reunía cada martes en un pequeño departamento de la calle Krucza y allí, bebiendo, nos esforzábamos por seguir siendo artistas, escritores y pensadores... retomando nuestras antiguas ex conversaciones y disputas sobre el arte... Ay, hasta hoy los veo sentados o estirados en medio del espeso humo, uno algo esquelético, el otro maltrecho, y todos gritando, desgañitándose. De modo que uno gritaba: Dios, el otro: arte, el tercero: patria, el cuarto: proletariado, y así discutíamos encarnizadamente y la cosa duraba y duraba –Dios, arte, nación, proletariado– hasta que un día apareció un tipo de mediana edad, tirando a moreno y reseco, de nariz aguileña, y se presentó a cada uno de nosotros por separado guardando todas las formalidades. Después de lo cual casi no abrió la boca.

Agradeció esmeradamente la copita de vodka que le habían servido y con no menos esmero dijo: “Les pediría además un fósforo...”, después de lo cual se puso a esperar el fósforo y esperó... y cuando se lo dieron se dispuso a encender un cigarrillo. Mientras tanto hervía la discusión: Dios, proletariado, patria, arte, y el hedor se asomaba a nuestras narices. Alguien inquirió: “¿Qué vientos le traen por aquí, don Fryderyk?” a lo cual dio inmediatamente una exhaustiva

respuesta. “He sabido por doña Ewa que Piętak suele venir por aquí, así que he pasado porque tengo cuatro pieles de liebre y una suela de zapato”. Y para demostrar que sus palabras no eran infundadas, mostró las pieles envueltas en papel.

Le sirvieron un té, que bebí, pero le quedó en el plati- to un terrón de azúcar, y estiró la mano para llevárselo a la boca, pero probablemente consideró este movimiento poco justificado, de manera que retiró la mano; sin embargo, el retirar la mano fue de hecho algo menos justificado aún; entonces volvió a estirar la mano y se comió el azúcar, pero quizás ya no por placer, sino solo para comportarse adecuadamente... ¿con el azúcar o con nosotros?... y deseando borrar esta impresión tosió y, para justificar la tos, sacó un pañuelo, pero ya no se atrevió a sonarse la nariz, sino que movió un pie. El movimiento del pie, al parecer, le comportó nuevas complicaciones, de modo que enmudeció y se quedó inmóvil. Este comportamiento particular (porque en el fondo no paraba de “comportarse”, “se comportaba” sin cesar) ya entonces, durante ese primer encuentro despertó mi curiosidad, y a lo largo de los meses siguientes me acerqué a ese hombre que por lo demás resultó ser alguien no desprovisto de urbanidad y dotado asimismo de experiencia en el campo del arte (en algún momento se había dedicado al teatro). Qué sé yo... qué sé yo... basta que diga que juntos habíamos montado un pequeño negocio que nos procuraba medios de subsistencia. Y bien, pero la cosa no duró mucho, ya que un buen día recibí una carta, la carta de un tal Hip, es decir, Hipolit S., un terrateniente de la región de Sandomierz, proponiéndonos que fuéramos a visitarlo; en ella Hipolit mencionaba que quería hablarnos de ciertos asuntos que tenía en Varsovia en los que podíamos serle útiles. “Aquí, en principio, hay calma, no pasa nada, pero hay bandas, a veces asaltan, verás, hay cierta falta de disciplina. Vengan los dos, nos sentiremos más seguros”.

¿Ir? ¿Los dos? Me asaltaron dudas difíciles de formular sobre aquel viaje los dos juntos... ya que, llevarlo conmigo para que allá, en el campo, él siguiera con su juego...

Y su cuerpo ¿ese cuerpo tan... “específico”? ¿Ir con él, pasando por alto esa infatigable “indecencia discretamente vociferante”? ¿Cargar con alguien tan “vergonzoso y, por eso mismo, tan vergonzante”? Exponerse a ese “diálogo” tan obstinado... con... ¿con quién en realidad? ¿Y sus “conocimientos”, esos conocimientos suyos de...? ¿Y su astucia? ¿Y sus artimañas? Pues sí, todo esto no me terminaba de causar gracia, pero por otro lado él seguía en ese eterno juego suyo tan distante... tan lejano de nuestro drama colectivo, tan abstraído de las discusiones “nación, Dios, proletariado, arte”... y eso era para mí un descanso, un alivio... ¡Y con todo ello tan impecable y tranquilo y prudente! Vayamos, pues ¡cuánto mejor la pasaremos los dos! Y finalmente, nos metimos en el vagón penetrando en el atestado interior... hasta que por fin el tren se puso en movimiento, chirriando.

Las tres de la tarde. Niebla. El poderoso cuerpo de una aldeana medio aplastaba a Fryderyk, el pie de un niño le invadía la barba... y así viajaba... pero viajaba, como siempre, correcto y perfectamente educado. Callaba. Yo también callaba, el viaje nos agitaba y zarandeaba y todo estaba como yerto... pero a través de un fragmento de ventana vislumbré unos campos grisáceos y adormecidos en los que nos adentrábamos en un estrepitoso vaivén... era aquella misma amplia llanura, tan familiar, delimitada por el horizonte: la tierra fragmentada en multitud de parcelas, cuatro árboles fugaces, una casita, unas construcciones quedando atrás... lo mismo de siempre, lo conocido de antemano... ¡Pero no era lo mismo! ¡Y no era lo mismo precisamente porque era lo mismo! ¡Y además, desconocido, incomprensible, bah, inconcebible, imposible de abarcar! El niño se puso a chillar, la aldeana estornudó...

Ese tufo rancio... Tan conocida de siempre, la eterna languidez del viaje en tren, las líneas de la cuneta o de alambres ora subiendo, ora bajando, la repentina irrupción en la ventana de un árbol, de un poste, de una caseta, la rauda fuga de todo hacia atrás, escurriéndose... mientras allí, a lo lejos, en el horizonte, una chimenea o una loma... aparecían

y permanecían largo rato, obstinadamente, como una preocupación primordial, una preocupación superior... antes de desaparecer en la nada en su lenta rotación. Tenía a Fryderyk justo enfrente, separado de mí por dos cabezas, su cabeza estaba justo ahí y podía verla –callaba y viajaba– y la presencia de cuerpos extraños, invasivos, envolventes, aplastantes, no hacía más que aumentar mi cara a cara con él... sin una palabra... tanto, que, por Dios santo, hubiera preferido no viajar con él y que aquella idea del viaje no se hubiese materializado. Puesto que, metido en la corporeidad, era un cuerpo más entre cuerpos, nada más... pero a la vez estaba... y estaba de algún modo aparte, además, implacablemente... No había forma de eludirlo. No podía uno librarse de ello, eliminarlo, borrarlo, él estaba en medio de aquella multitud y estaba... Y su viajar, su impulso en el espacio, no podían compararse con el viajar de los demás, era un viajar mucho más transcendental o quizás hasta amenazante...

De vez en cuando sonreía y decía algo, pero quizá solo para permitirme estar con él y hacer su presencia menos agobiante. Comprendí que haberlo sacado de la ciudad, haberlo arrojado a aquellos espacios lejos de Varsovia, era una empresa arriesgada... porque en el trasfondo de aquellas amplitudes su particular calidad interior debía de resonar con más fuerza... y él mismo lo sabía, ya que nunca lo había visto tan silencioso, insignificante. En un momento dado, el crepúsculo –esa substancia que se come las formas– empezó a difuminarlo poco a poco y quedó desdibujado en el vagón que corría y se agitaba adentrándose en la noche, invitando a la nada. Mas esto no debilitó su presencia, la cual simplemente se volvió menos accesible a la vista: acechaba tras el velo de la invisibilidad, siendo siempre él mismo. De pronto se encendió la luz y de nuevo lo arrancó de la oscuridad mostrando su mentón, las comisuras de sus labios apretados y las orejas... él en cambio permaneció impasible, estaba ahí con los ojos clavados en un cordel oscilante ¡y estaba ahí! El tren se detuvo de nuevo, detrás de mí se oyó un ruido de pies, la multitud se movió, parecía que algo

estaba pasando ¡pero él estaba y estaba ahí! Arrancamos, afuera era de noche, la locomotora echaba chispas, los vagones se hicieron nocturnos ¿por qué lo había llevado conmigo? ¿Por qué tenía que cargar con esa compañía que pesaba en lugar de aliviar? Muchas lánguidas horas duró ese viaje, repleto de paradas, hasta que por fin se convirtió en un viaje para el viaje, somnoliento, obstinado, y así viajamos hasta que llegamos a Ćmielów y, con las maletas, nos encontramos en el sendero que seguía la vía del tren. La hilera del tren se alejó en medio de un estrépito evanescente. Silencio, una brisa misteriosa y las estrellas. Un grillo.

Yo, arrancado de horas de movimiento y multitud, puesto de golpe en aquel sendero, y junto a mí Fryderyk con el abrigo en la mano, de pie y completamente mudo ¿dónde estábamos? ¿Qué era aquello? Al fin y al cabo conocía aquellos parajes, no me era desconocida aquella brisa, pero ¿dónde estábamos? Allí, en diagonal, estaba el familiar edificio de la estación de Ćmielów y unos cuantos faroles encendidos, pero... ¿dónde, en qué planeta aterrizamos? Fryderyk estaba de pie junto a mí, y estaba. Nos dirigimos hacia la estación, él detrás de mí, ahí estaba la calesa, los caballos, el cochero: una calesa familiar y ese familiar saludo del cochero quitándose la gorra ¿por qué entonces lo miraba con tanta obstinación?... Subí a la calesa, Fryderyk detrás de mí, arrancamos, el camino arenoso bajo la luz del cielo oscuro, desde los lados llegaba la negrura de un árbol o un arbusto, entramos en la aldea Brzostowa, se vislumbraban las tablas blanqueadas y se oía ladrar a los perros... misterioso... ante mí la espalda del cochero... misterioso... y al lado ese hombre que, silencioso y cortés, me acompañaba. El suelo invisible balanceaba o sacudía nuestro coche y las cavidades de la oscuridad y el espesor de la penumbra entre los árboles nos entorpecía la vista. Me dirigí al cochero para oír mi propia voz:

–¿Y qué tal por aquí? ¿Está tranquila la cosa?

Y oí que decía:

–De momento todo tranquilo. En los bosques hay bandas... Pero últimamente no ha pasado nada especial...

La cara invisible, la voz de siempre... de tal manera que no la de siempre. Ante mí, solo una espalda, y ya quería inclinarme para mirar a esa espalda a los ojos, pero me contuve... porque Fryderyk... al fin y al cabo, estaba ahí, a mi lado. Terriblemente silencioso. Teniéndolo junto a mí, prefería no mirar a nadie a la cara... ya que de pronto comprendí que aquello que estaba a mi lado era, en su silencio, radical ¡radical hasta la locura! ¡Sí, era un extremista! ¡Inconscientemente extremo! No, no era un ser corriente, sino algo más feroz, imbuido de una radicalidad de la cual hasta entonces yo no tenía ni idea. De modo que prefería no mirar a nadie a la cara, ni siquiera al cochero cuya espalda dominaba como una montaña, mientras la tierra invisible balanceaba, sacudía la calesa y la oscuridad circundante, resplandeciente de estrellas, absorbía toda la visión. El resto del camino transcurrió sin una palabra. Finalmente entramos en la alameda que conducía hasta la finca, los caballos corrieron con más brío. La entrada, el guarda y los perros, la casa cerrada y el abrir pesado y chirriante de las puertas, Hip con una linterna...

—¡Gracias a Dios, ya están aquí!

¿Era él o no era él? Me chocó y me repelió el rojo inflamado de su encendido rostro... y todo parecía a punto de reventar de una hinchazón que provocaba en él un agigantamiento de todas las partes, un crecimiento hacia todos los lados, un aumento monstruoso de aquel corpachón que era como un volcán escupiendo carne... y calzado con unas botas de caña larga estiró unas manazas apocalípticas al tiempo que sus ojos asomaban de su cuerpo como por una ventanilla. A pesar de todo ello, me estrechó contra sí y me abrazó largo rato. Murmuró avergonzado:

—Me he hinchado... Sabe Dios por qué... He engordado. ¿Por qué? Quizás un poco por todo.

Y mirándose los dedazos repitió con una desolación infinita, más bajo y para sí mismo:

—He engordado. ¿Por qué? Quizás un poco por todo.

Y vociferó:

–¡Y aquí está mi mujer!

Después de lo cual murmuró para su uso particular:

–¡Y aquí está mi mujer!

Y bramó:

–¡Y aquí está mi Heniusia, Heniutka, Henieczka!

Y repitió para sí mismo con una voz apenas audible:

–¡Y aquí está mi Heniusia, Heniutka, Henieczka!

Se dirigió a nosotros con hospitalidad y finura: “Que bien que hayan venido, por favor, Witold, preséntame a tu amigo...” acabó, cerró los ojos y se puso a repetir... movía los labios. Fryderyk, con una gran cortesía, besó la mano de la anfitriona cuya melancolía se tiñó con una lejana sonrisa, cuya fragilidad revoloteó con delicadeza... y nos absorbió el torbellino de las presentaciones, la visita de la casa, la asignación de los asientos, las conversaciones –tras aquel viaje sin fin–, mientras la luz de la lámpara nos sumía en ensueños. La cena fue servida por un lacayo. El sueño se apoderaba de nosotros. El vodka. Luchando con el sueño intentábamos escuchar, entender, se habló de múltiples problemas, que si con el AK, que si con los alemanes, con las bandas, con la administración, con la policía polaca, con las requisiciones, también de la propagación del miedo, de violaciones... lo cual, por lo demás, quedaba evidenciado por unos postigos reforzados con unas barras de hierro adicionales y por las puertas laterales igualmente atrancadas... por aquel cerramiento, aquel férreo sellado. “Quemaron la hacienda de Sieniechów, en Rudniki le rompieron las piernas al administrador, tuve aquí a unos refugiados de la región de Poznań, lo peor es que no se sabe qué pasa en Ostrowiec, en Bodzechów, allá donde están las colonias industriales, todo está a la espera, al acecho, de momento hay tranquilidad, pero estallará cuando se acerque el frente... ¡Estallará! Entonces, señores ¡habrá una matanza, una revuelta, habrá un lío! ¡Eso es, un lío!”, vociferó y murmuró para sí, pensativo:

–Habrà un lío.

Y bramó:

– ¡Lo peor es que no hay a dónde ir!

Y susurró:

– ¡Lo peor es que no hay a dónde ir!

Sin embargo, ahí estaba la lámpara. La cena. La somnolencia. La inmensidad de Hip enturbiada por la espesa salsa del sueño, allí la señora diluyéndose en la lejanía, Fryderyk y las polillas golpeándose con la lámpara, las polillas dentro de la lámpara, las polillas chocando contra la lámpara y la escalera caracol hacia arriba, una vela, caí en la cama, me dormí. Al día siguiente, un triángulo de sol en la pared. Una voz detrás de la ventana. Me levanté de la cama y abrí los postigos. La mañana.